



(Ruinas de la Iglesia de Aunecray, en Francia.)

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

POR DON MODESTO LAFUENTE.

Difícilmente podría emprenderse trabajo mas importante, mas útil, ni mas espinoso al mismo tiempo, que el de escribir una historia nacional capaz de satisfacer las condiciones que en la época actual deben exigirse de una producción histórica. Quien hubiese intentado llevar á cabo obra tan grande, contaría con nuestra simpatía y apoyo, aun cuando no hubiera sido tan afortunado en su trabajo como el autor de la *Historia* cuyo título figura á la cabeza de estas líneas. Dos tomos van publicados de ella; el primero casi ocupado exclusivamente por un excelente discurso preliminar, base y cimiento de la obra, ha sido lisongeramente acogido por toda la prensa de alguna importancia literaria. El segundo, que acaba de repartirse abarca la serie de los sucesos de ocho siglos y medio, desde Sertorio hasta la destrucción del reino go' o, en una narración clara, metódica y amena, llena de consideraciones filosóficas, profundas, lógicas y convincentes, que revelan la disposición especial del autor para este género de escritos, tan opuesto al que hasta ahora ha cultivado habitualmente el Sr. Lafuente, infundiendo la confianza de que sabrá llenar la laguna que en el actual movimiento histórico-filosófico de Europa, se echaba de ver en la literatura española. En prueba de la justicia de nuestros elogios, trasladamos á continuación uno de los capítulos del tomo segundo, que como el primero se halla impreso con suma corrección, esmero y elegancia en el establecimiento del Sr. Mellado.

EL CRISTIANISMO.

Estaba elaborándose lentamente en el imperio romano una revolución social, la mayor que han presenciado los siglos, y la ma-

yor tambien que se verá hasta la consumación de los tiempos. Todos los sucesos que hasta ahora llevamos referidos carecen de importancia al lado del grande acontecimiento que se estaba preparando. La sociedad antigua iba á disolverse, el mundo iba á sufrir una transformación física y moral, y la gran familia humana iba á ser regenerada en su religión, en su gobierno, en su legislación, en su moral y en sus costumbres. Los elementos existían ya, pero iban obrando paulatinamente como todo lo que está destinado á producir cambios y revoluciones que han de durar largas edades. Menester es que conozcamos las causas que fueron preparando esta gran metamorfosis social, para que podamos apreciar despues debidamente sus efectos.

Por el imperfecto cuadro que hasta ahora hemos delineado se ha podido ver á qué grado de corrupción, de inmoralidad, de desenfreno habían llegado las costumbres en el imperio romano, y el imperio romano era entonces el mundo. Aunque la disolución y los vicios tenían ya gangrenada la sociedad romana en los últimos tiempos de la república, veíanse todavía algunos ejemplos, si no de virtudes morales, por lo menos de virtudes cívicas, de las virtudes propias de un resto de energía nacional, de un resto de amor á la libertad. Bruto y Casio fueron llamados los últimos romanos. La voz de Ciceron dejó de oírse, y no hubo quien la reemplazara, porque la elocuencia enmudece con la tiranía. Mientras la república estuvo ocupada en conquistar, la necesidad del heroísmo produjo todavía algunas virtudes: cuando los hombres dejaron de pensar en guerras, pensaron en deleites y en cortesanas. Cuando Augusto dió la paz al mundo avasallado, no pudo hacer sino llamar en su auxilio las musas para que encubrieran con sus laureles la tiranía y la relajación. Aunque de buena fé quisiera Augusto corregir las costumbres, era ya impotente para ello, porque el corazón de la sociedad estaba corrompido, y lo estaba por la misma organización social.

Así desde Augusto que aparentó querer contener la inmoralidad.

20 DE OCTUBRE DE 1850.

dad, corre despues y se precipita desbocada y sin freno, ayudada de la tiranía desenmascarada, que era lo único que le había faltado. Desde entonces no se ve sino una depravación profunda en todos los miembros de la sociedad: el vicio y la impiedad, la ferocidad y la adulación, la crápula y la sensualidad erigidas en sistema. Emperadores malvados disponían de un pueblo corrompido, y soldados licenciosos se daban emperadores tan desenfadados como ellos. Plebe y soldados nombraban, aplaudían, divinizaban al que esperaban les hiciese mas distribuciones de trigo ó de dinero con que matar el hambre, y que les diese mas espectáculos con que divertirse: cuando las distribuciones y los juegos se acababan, asesinaban á aquel y aclamaban á otro. Así el pueblo lloraba como una desgracia la muerte de Caligula, de Neron, de Cómodo, de Caracalla y de Eliogábalo, porque habían sido los mas pródigos para él. «El pueblo, dice eloquentemente un escritor español (1), el pueblo siempre mendigo y siempre seguro, decía al tirano: tenga yo dinero, y tú confisca: »tenga yo trigo, y tú mata: tenga yo espectáculos, y tú barás cuanto te agrade: con que entre el pueblo y el mal príncipe había una tácita convención, mediante la cual el déspota daba el trigo y el pueblo los aplausos..... Cuando los tiranos salían de sus palacios, y oían las saluciones y agradecimientos del pueblo, imaginábanse que todo el imperio se hallaba en el mas floreciente estado, y tenían las interesadas y compradas aclamaciones de la canalla bien alimentada por indicios de la pública felicidad. —¿Hacíase, dice en otra parte, una carnicería de los ricos? Pan al pueblo, y mas que todos los ricos se mataban. ¿Subía un emperador á la escena, ó descendía al palenque con los gladiadores? Pan al pueblo, y en el senado y en el circo resonaban aplausos al emperador «comediante, citarista ó cochero. ¿Volvia el príncipe de la guerra sin haber visto al enemigo, ó despues de haber hecho una paz vergonzosa? Pan y dinero al pueblo, y el príncipe quedaba hecho padre de la patria, y entraba victorioso en Roma entre las aclamaciones y bajo los arcos de triunfo. ¿Moria una cortesana, una vil prostituta, esposa del emperador y muger de todos los hombres? Pan y dinero y aceite al pueblo, y la casta consorte del tálamo nupcial era hecha una diosa, se derramaban lágrimas sobre su tumba, y sus estatuas se adornaban de flores.»

Así los príncipes apresuraban la corrupcion del pueblo, y el pueblo ayudaba á la corrupcion de los príncipes.

¿Pero era solo el pueblo ignorante y estúpido el que así ayudaba á sus tiranos? ¿No hacían lo mismo los hombres de letras, los sabios y filósofos? Valerio Máximo dedica su obra al infame Tiberio, y en el prefacio se dirige á él diciéndole: *A vos á quien los dioses y los hombres de concierto han dado el gobierno del mundo, á vos de quien pende la salud de la patria, pues que vuestra divina sabiduría alienta con tanta bondad las virtudes que hacen el objeto de esta obra, y castiga con severidad los vicios contrarios; á vos, Cesar, es á quien invoco para el éxito de mi empresa.*—El mismo Séneca, el preceptor de Neron, el que mejor escribía de moral y de virtud, pero que á favor de sus usuras había amontonado en cuatro años trescientos millones de sextercios (2); el que por impedir á su depravado discípulo que fuese incestuoso le inclinaba á ser adúltero; el mismo Séneca ¿no le decía á Neron que «podía vanagloriarse de un mérito que ningún otro emperador tenía, la inocencia; y que hacia olvidar los tiempos de Augusto (3)?»

Jamás, ni en tiempo ni en parte alguna se vió la humanidad agoviada bajo el peso de tantos vicios y de tantos crímenes. Es un cuadro que asombra y espanta. ¿De dónde provenía tanto desórden? ¿Qué causas habían producido aquel refinamiento de disolucion y de maldad? La religion y el culto, la organizacion política, el gobierno, las leyes, las doctrinas filosóficas, todo contribuía á fomentar la corrupcion intelectual y moral del pueblo romano.

Los hombres del mundo antiguo, no habiendo alcanzado el conocimiento de la verdadera divinidad, se fabricaron dioses con las mismas pasiones y con los mismos defectos que ellos; y si al principio les tuvieron respeto, fueron perdiéndose despues. Había dioses para todas las virtudes, pero había tambien dioses para todos los vicios, y los hombres encontraban mas fácil asemejárselos en estos que imitarlos en aquellas. «Si Júpiter transformándose en lluvia de oro, decía Terencio en una de sus comedias (4), seduce las mugeres, ¿por qué yo, siendo un miserable mortal, no he de poder hacer otro tanto?» Y como si el politeísmo de Roma no fuera bastante, como si el catálogo de los dioses romanos necesitara ser aumentado para autorizar todos los crímenes, llevaron los de Egipto y Grecia para que los ayudaran á proteger y santificar los vicios. Si en el templo de

la Venus de Babilonia se prostituían públicamente las mugeres, si en el de Corinto se consagraban mas de mil meretrices á la madre de los amores, ¿por qué en Roma había de haber vestales? Nadie quería ya serlo, y no se encontraba quien mantuviera el fuego sagrado. Pero en cambio las madres llevaban á sus hijas á las fiestas Lupercales, asistían con ellas á las danzas impúdicas de Flora, y las acompañaban al teatro á ver representar con demasiada realidad los amores lascivos de Pasífae. En cambio las doncellas llevaban Priapos colgados al cuello, y las cortesanas ostentaban su desnudez en los combates de los gladiadores, y exigían que estos escogieran para morir las posturas mas lúbricas. Así se formaron aquellas Mesalinas, aquellas Lépidas, y aquellas Julias, cuyas obscenidades y cuyos delitos dejamos á los poetas de aquel tiempo que los celebren.

No eran solos el sensualismo y la lascivia los que contaban con protectores en el Olimpo, ni solos los altares de Venus, de Adonis y de Priapo los que tenían adoradores. A ningún vicio le faltaba su divinidad, incluso el homicidio y el robo. Hasta la hipocresía era pedida á los dioses como una virtud. «Hermosa Lacerna, decía Horacio (1), enséñame el arte de engañar, y concédeme parecer justo y santo.» Los templos de la Piedad, de la Castidad, de la Concordia, de la Virtud y del Honor, estaban ú olvidados ó desiertos: los votos y las ofrendas se colgaban en el de Júpiter Prædator, para que les fuese propicio en sus latrocinios. No extrañamos que Ciceron y los hombres ilustrados de su tiempo se burlaran ya públicamente de aquellas divinidades, avergonzados de lo absurdo del politeísmo, pero no encontraban un dios que pudiera estar libre de caer en aquel descrédito. No se halló, como veremos luego otra cosa que oponer al desautorizado paganismo que una filosofía ineficaz.

Si la idolatría favorecía la corrupcion, no la fomentaba menos la organizacion política del estado. El imperio romano era un gigante que tenía abrazada la mitad del mundo con un círculo de hierro. Nunca se había estendido tan lejos la opresión de la familia humana, nunca se llevó tan adelante el desprecio de la humanidad, y nunca se vieron tantas miserias, egoísmo tan universal, relajacion tan absoluta de los vínculos sociales. «El despotismo de los emperadores, dice un ilustre escritor, parece haber sido permitido para dar al mundo un ejemplo de los excesos á que la embriaguez del poder absoluto puede conducir á los hombres.» ¿Necesitaremos recordar la execrable depravacion de ese catálogo de monstruos imperiales que tuvieron encadenado el mundo, que mataban á sus semejantes por recreo, que amaestaban á las fieras en el arte de devorar hombres, que gozaban en los espectáculos viendo la presteza con que los leones engullían esclavos, ó prisioneros, ó mugeres, ó conspiradores denunciados, y que se saboreaban en las mesas con las lampréas cebadas en sus estanques con carne humana? Lo que parece sorprender mas es que hubiera un pueblo tan sumiso que tolerara tan abominables monstruos y tan horribles monstruosidades. Pero armados ellos con la terrible ley que establecía el delito de lesa magestad, autorizando y premiando los delatores, provistos de numeroso espionaje, á que se prestaba grandemente un pueblo de mucho tiempo atrás corrompido, ellos podían deshacerse fácilmente de todo ciudadano que pudiera hacerles sombra, ó cuyos bienes codiciaran, y los especuladores y traficantes en delaciones les surtian abundantemente de victimas, y á trueque de ganar un premio importábales poco llevar familias enteras á los suplicios ó ejecutar por si mismos cuantos asesinatos les fuesen ordenados.

Por otra parte, ¿qué sentimiento de dignidad, qué pensamientos nobles podía haber en la inmensa mayoría del pueblo romano, pobre, abyeeta, deprimida, degradada por la ley, no habituada al trabajo, despojada de toda garantia social, y acostumbrada á vivir de limosnas que á título de distribuciones le daban los príncipes, ó á merced de un pequeño número de ricos á quienes tenía que adular y servir? Porque, ¿qué era el imperio romano? Una agregacion de ciento veinte millones de pobres ó de esclavos, al servicio de diez millares escasos de opulentos. Porque allí no existía esa clase intermedia, que es el alma de las sociedades, esa clase de libres cultivadores y de talentos independientes, esa que hoy denominamos clase media donde suelen residir la ilustracion y la virtud. No había mas que un número inmenso de miserables que se morían de hambre, al lado de unos pocos que nadaban en la opulencia y en el lujo, que gastaban en un banquete lo que hubiera bastado para alimentar en un mes una provincia entera (2), y cuyos criados se contaban por millares (3). Plinio menciona un ciudadano, que despues de lamentarse de las

(1) Epist. XVI, l. ib. l.

(2) Lucio Vero, el colega de Marco Aurelio, gastó en una noche con solo doce convidados la enorme suma de seis millones de sextercios. Fue memorable aquella cena en los fastos de la gastronomía Jul. Capit. in Vero, cap. V.

(3) *Familiarum Numerum et nationes* los llama Tácito. *Annal. lib. XI.*—Plinio dice que era necesario un monedcador para conocerlos y llamarlos; y Atenco, que había quien poseía quince ó veinte mil. Dignus. l. VI.

(1) Malgorza y Azanza, Discurso sobre el comercio de los romanos.

(2) Tacit. ann. lib. XIII.

(3) Sen. De Clementia.

(4) Eun. Act. III.

pérdidas que había sufrido durante las guerras civiles, dejó al morir cuatro mil ciento diez y seis esclavos, tres mil seiscientos pares de bueyes, doscientas cincuenta mil cabezas de ganado, y sesenta millones de sextercios sin contar las tierras (1). Patricios había que poseían mas vasallos que súbditos algunos monarcas.

(Continuará.)

LA MENDICIDAD EN LONDRES.

II.

La mendicidad por cartas.

Los mendigos por cartas tienen una fisonomía aparte y distinta de los mendigos de las demás clases. ¿Quién podría apreciar con exactitud el número á que ascienden en vista del misterio en que está envuelto su oficio? Una noticia bastante curiosa hallada entre los papeles de lord Holland que murió en 1840, dá sin embargo algunos datos sobre este punto. Hace observar en ella que recibía anualmente unas 550 cartas de esta clase, fechadas todas en Londres. Lord Holland, era un hombre generoso, un verdadero bienhechor de la humanidad. Londres le conocía en este concepto: es muy probable que los mendigos epistolares le conocieran igualmente por tal, y por consiguiente se dirigían con preferencia á él, y dando por supuesto que un mismo individuo le hubiera escrito dos ó tres veces en el transcurso de un año, puede ascender todavía el número de los mendigos de esta clase á 400. Que varios individuos, agobiados por los golpes de la adversidad recurran á este expediente, que una pluma hábil y amaestrada, trazando el cuadro de una miseria espantosa, conmueve mas profundamente el corazón que lo que podría hacerlo la farsa mas ingeniosa, no es dudoso; pero es también positivo que la mendicidad por escrito es desde hace mucho tiempo una profesión que se ejerce metódicamente, y mantiene al que la practica. La noticia citada dá á conocer igualmente en cierto modo la proporción que existe entre los que se circunscriben á los límites de la verdad, y los que recurren á la ficción. Lord Holland, á consecuencia de las numerosas pilladas de que había sido víctima, consideraba como un deber suyo el tomar informes sobre el individuo que solicitaba sus beneficios, antes de acceder á su pretensión, y descubrió, no sabe definir si con placer ó sentimiento, que de cada diez cartas de esta clase, nueve eran inventadas por pillastres. La tercera cuestión hubiera sido el averiguar cuánto puede reunir anualmente un individuo que se dedica á esta especie de ratería. Aquel mismo José Noel de que he hablado en la primera parte de este artículo, pensaba que podía evaluarse esta ganancia en 100 libras esterlinas, y lo que á continuación explicaremos justificará este aserto. Es de esperar que en estas limosnas sean iguales por lo menos la parte de la limosna y la de la mentira, lo cual dá por resultado en cada 400 mendigos epistolares una renta anual de 40,000 libras esterlinas, ó, lo que es lo mismo, de 1 000,000 de francos.

Los petardistas que, según su propia espresión, se dedican á la *caza mayor*, ciñéndose á la nobleza y á los particulares mas ricos, pueden lanzar solo algunas cartas en un círculo razonablemente estrecho, y contentarse con tanta mas razón, cuanto que el resultado es abundante y lucrativo. Los hechos han probado que con cinco de estas cartas recoge rara vez un individuo menos de dos libras esterlinas, y consigue frecuentemente hasta diez. El que se contenta con asestar sus certeros tiros á la *caza común*, que comprende entre otras clases los eclesiásticos, las mugeres caritativas, y los particulares ociosos que disfrutaban una fortuna regular, recibe rara vez de cada carta mas de dos libras ni menos de diez chelines; y generalmente una sola contestación por cada diez cartas. Esto requiere doble actividad, y como esta se ejerce continuamente, resulta que se hallaron recientemente en casa de uno de estos mendigos 16 cartas corrientes, que confesó haber escrito aquel mismo día y que tenía intención de haberlas remitido todas á sus direcciones respectivas en el mismo plazo. Considerado todo esto escrupulosamente, resulta que deben circular diariamente en Londres millares de cartas limosneras.

No es extraño que en este laboratorio inmenso se haya hallado escritores de mendicidad (ignoro si existen aun en la actualidad, pero los ha habido hasta una época muy reciente), que tenían secretarios, caballos y carruages. Guillermo el Tuerto, llamado así porque había perdido un ojo no se sabe dónde y llevaba una venda negra, fué un individuo de esta especie. Murió hace 10 años de un modo sumamente elegante: cayó del caballo en el centro mismo de Hyde-Park y se desnucó. Su ganancia anual variaba desde 600 á

800 libras esterlinas, y preciso es que fuera un administrador muy diestro, puesto que pagaba 80 libras á un secretario, y 40 libras á sus escribientes; pero tenía caballo y cabriolé, y una querida que en Londres no es un artículo insignificante. Esta última, después de la muerte de Guillermo, se casó con su secretario José Unterwood, y llevó en dote, como heredera del difunto, los preciosos archivos de éste, que consistían en una porción de modelos de pretestos como embargos, papeletas del monte de piedad, etc., una extensa lista de personas crédulas con las señas de sus habitaciones, un diario autógrafo, y una colección de notas escritas del puño y letra de Guillermo, cosas todas cuyo valor supo apreciar perfectamente Unterwood.

Este, convertido así en sucesor legítimo de su principal, era hijo de un alderman de Londres; había recibido una buena educación y parecía dedicado á ocupar una posición mas honrosa, cuando la muerte le privó de su padre, y su mala conducta le quitó la esperanza de obtener un empleo en la Cité. Entró entonces al servicio de Guillermo, y desplegó tan extraordinaria habilidad, que cuando emprendió el oficio por cuenta propia se colocó á la cabeza de sus colegas y se creó una renta anual de 1000 libras esterlinas. Sus invenciones, ó mas bien sus pilladas, eran inagotables; no era suficiente para él el copiar cada carta; sabía escribir todos los motivos, identificarse con todos los caracteres, y espresarse según el espíritu y las costumbres de cada una de las personas á quienes se dirigían. Después de haber estado detenido varias veces, pero sin embargo sin haber sufrido ninguna condena, murió en 1845 durante su último arresto en la cárcel de Cold-Fallfield.

Las dificultades y las persecuciones, asuntos judiciales que atormentaban á Unterwood en la práctica de sus funciones tramposas, y que al mismo tiempo le comprometían, le sugirieron la idea de que la formación de una sociedad era un medio eficaz de disminuir unas y sustraerse á las otras. Constituyó pues una sociedad de la que fué jefe supremo con una remuneración magnífica. No se disolvió la compañía por su muerte. Pedro Hall, que era ya sub-director, ascendió á ser su jefe, y aunque la parca haya cortado el hilo de su vida al cabo del corto espacio de dos años, no por eso dejó de ejecutar cosas realmente extraordinarias. Hábil sobre todo en el arte de disfrazarse, de variar su voz y su porte, llevaba él mismo las cartas mas importantes, y le sucedió con frecuencia conversar con la misma persona con un intervalo de muy pocas horas, sin que le conociera. Está probado que se presentó una mañana en casa del conde de Harwaly como un pobre eclesiástico escocés destituido de sus funciones, y por la tarde del mismo día como un retratista convaleciente de una enfermedad larga y penosa. El eclesiástico obtuvo cuatro guineas y el pintor obtuvo dos. Cada vez estuvo hablando bastante tiempo con el conde: el mismo portero le abrió la puerta á la entrada y á la salida: el mismo lacayo le anunció ambas veces, y sin embargo, ni el amo ni los criados le conocieron. Halláronse en su herencia, cosa muy fácil de comprender, patillas y bigotes de todas clases, una colección de pelucas, y un guarda-ropa que hubiera podido rivalizar con los almacenes de ropas hechas confeccionadas en Holy-Wel-Street.

Los mendigos por cartas de primera clase ejercen su oficio con la mas perfecta regularidad, y llevan sus libros de cuenta y razon tan escrupulosamente como el comerciante mas concienzudo. Tienen un borrador para registrar provisionalmente las notas, un libro copiador de cartas, un libro de caja, etc. En el mes de agosto de 1844 publicó el *Times* fragmentos del diario de un bribón de esta clase llamado Juan Douglas, condenado por sus fechorías á varios meses de encierro en una casa de corrección. Sus anotaciones son muy breves y no contienen mas que la sustancia del asunto: 1.º La fecha. 2.º Las señas de la persona. 3.º El nombre imaginado. 4.º La desdicha que alegaba. 5.º El resultado. Citamos por vía de ejemplo los extractos siguientes: «8 de febrero, Almirante Curron, del navio Palas, el gaviero Samuel Bowden;—embargo por un alquiler de 4 libras y 4 chelines, inutilizado á consecuencia de una herida;—resultado dos libras.» «12 de marzo. Condesa de Mansfield; Elisa Turner, viuda; nueve niños, con tos ferina, escarlatina, cólera;—resultado 5 libras esterlinas.»

Los textos de estas cartas son los que, llenos de pormenores edificantes basados en la probabilidad y adornados con ámplias adulaciones, motivan las liberalidades; por eso la destreza del escritor pordiosero reside en su invención de pretestos y en la de frases sentimentales y laudatorias. Que las notas ó apuntes de que se ha hablado mas arriba sean indispensables para que la memoria no engañe, y que no se incurra en repeticiones u otras equivocaciones que, inspirando sospechas, no solo harían fracasar los proyectos del autor, sino que comprometerían también su libertad, se comprende fácilmente; pero lo que sorprende mas es el cómo consiguen conocer estas gentes las circunstancias mas prolijas concernientes á las personas á

(1) Citado por Cantu, Hist. Universal, Epoca VI. cap. V.

quienes se dirigen, y que saben emplearlas ó modificarlas de tal suerte que el que recibe las cartas no halla pretexto para resentirse, sino que por el contrario, se siente inclinado á la generosidad. Problemas de astucia son estos, cuya solución duplica desgraciadamente el abuso del talento. Estos bribones llevan algunas veces su audacia á tal extremo (un hecho de esta clase fué el que le ocasionó á Underwood su último arresto), que imitan la letra y la rúbrica, escriben cartas enteras con una semejanza engañadora, bajo el nombre de personas de quienes han conseguido procurarse algún escrito autógrafo, y se las dirigen á otras que conocen su letra. En una ocasión muy reciente todavía, un general célebre envió un billete de banco de 20 libras á un teniente que había militado á sus órdenes y que le había espuesto en una carta, la posición crítica en que se hallaba. El tribunal de policía rogó al general que le transmitiera esta carta; así lo hizo, aunque haciendo observar con bastante bravería que no había trampa en esto, porque conocía la letra del teniente Prattan tan bien como la suya. Sin embargo, la letra del teniente había sido imitada con la mayor perfección por un falsificador, y á este había ido á parar el billete de banco.

Ya sea que se quiera evitar el que descubran la trampa, ó que deseen no promover duda alguna sobre la identidad del autor con el que toma su nombre, la letra es en la práctica de este oficio una cosa de tan colosal importancia que cada uno se esfuerza por apropiarse una porción de letras diferentes. Parece que Underwood escribía diez letras distintas con la mayor habilidad. El minimum de ellas que debe poseer un mendigo es el de cuatro: una habitual para los casos ordinarios, otra para las personas ilustradas, de edad avanzada, perseguidas por la desgracia, otra para las muchachas jóvenes, y otra para las mujeres casadas. Cuanto mas elevada es la clase de la persona en cuyo nombre va escrita la carta, mas importante es proceder con cuidado en lo concerniente á la remisión de la carta y de la contestación. Una carta suscrita por un supuesto oficial, ó por su viuda, promueve mas indagaciones que cuando aparenta ser de un artesano ó de su hija. Solo cuando tiene el autor motivos poderosos para creerse seguro de sí mismo, es cuando lleva en propia mano la carta, y espera la contestación; lo mas frecuente es mandarla por el correo y dar sus señas en una hostería, un café, ó un sitio

cualquiera de reunión. Pero antes de presentarse en el sitio indicado, espía mucho tiempo y con cuidado si está en acecho algún agente de policía ó de la *Sociedad de Mendicidad* para arrestarle, y toma sus disposiciones con arreglo á las circunstancias del momento.

Cuando vá dirigida la carta á una persona distinguida, y que ésta es bastante bondadosa para unir alguna esquelita consolatoria á su envío de dinero, el petardista sabe sacar muy buen partido de esto. Manda inmediatamente este testimonio de compasión á algún amigo ó conocido benéfico del autor de la esquelita, suplica que se la restituyan, porque aquella esquelita es *sagrada para él*, y la hace circular así de mano en mano. Rara vez sucede que este manejo deje de producir resultados lucrativos. La esquelita es auténtica y hace creer, segun las apariencias, que el autor de ella está convencido de la realidad del hecho que complace. Un iluso hace ciento. El escritor de estas cartas de mendicidad practica todavía otra astucia: en lugar de pedir auxilios para sí mismo, los solicita para su prójimo; refiere una historia sencilla, se atribuye un nombre honroso y para demostrar su buena voluntad se suscribe el primero por una cantidad razonable á la cabeza de una lista de suscripción que se abre á favor del desgraciado, y cuyo importe está destinado á aliviarle de sus penas y trabajos, ó mejorar por lo menos su situación.

Citemos aun, en el número de las trampas practicadas por estos mendigos, *embargos judiciales* de que hemos hablado ya, y las papeletas de empeño del Monte de Piedad. Son pruebas de miseria. Y si el petardista lo cree necesario, sabe fabricar perfectamente un certificado del rector de su parroquia ó de algún médico del barrio. Sobre todo, cuando aparecen en escena las *papeletas de empeño*, es en el caso de ocurrir un incendio en algún Monte de Piedad. En las circunstancias normales se trata de socorros destinados á desempeñar los efectos mencionados en la papeleta del Monte de Piedad; pero en caso de incendio de éste y de los efectos empeñados, se trata de una miseria espantosa, como consecuencia de la destrucción completa de los últimos recursos. Parece que Guillermo el Tuerto fué el primero que explotó así los incendios de esta clase, y que consideró siempre como un acontecimiento feliz la destrucción de un Monte de Piedad.



EL OCCEANO Y SUS MARAVILLAS.

I.

Descripción general.

Si nos es grato contemplar las escenas ríscenas y variadas que ofrece una campiña feraz y pintoresca, mas interesante nos parece aun el aspecto de la naturaleza cuando se presenta á nuestra vista ceñida con esa cintura inmensa y flotante que llamamos *Océano*. ¡Qué carrera tan magnífica nos presenta, abierta á nuestras investigaciones y admiración! ¡Qué manantial inagotable de conocimientos útiles! ¡Qué prueba tan sublime de la munificencia del criador!

El Océano cubre mas de la mitad de la superficie del globo terrestre. Sorprende al pronto esta estension. Quizás la prevision humana se hubiera contentado con manantiales y aguas corrientes, ó con rios alimentados por los vapores que se detienen en las elevadas

cumbres de las montañas; pero la providencia divina ha querido que las aguas, ademas de los manantiales y rios que las producen propios para nuestro uso, formasen un vastísimo estanque que se estiende de continente á continente, de un polo al otro. Este elemento liquido cede bajo el peso del hombre, y en los mares, lejos de aliviar la sed, la irrita por su amargor y sus cualidades salitrosas. Algunas veces invade sus costas el Océano, destruyendo y llevándose los trabajos que la audacia del hombre ha osado hacer en sus orillas; despues arroja á la playa sus despojos, como para insultar á la debilidad humana. Sin embargo, los desastres que produce solo son casuales, al paso que sus beneficios son constantes y generosos.

El Océano es una estension muy dilatada de agua que cubre la superficie del globo del Norte al Sur, y del Este al Oeste, de modo que un buque, avanzando siempre y evitando los obstáculos que encuentre, vuelve al punto de que había salido. El sinnúmero de islas y continentes que hay en el Océano no interrumpen su continuidad. Los mares son ciertas porciones del Océano que toman sus denominaciones generales de los diferentes países que bañan. Las subdi-

visiones de estos mares forman los golfos, las bahías y los estrechos que están figurados en nuestros mapas.

Se ha calculado que la superficie de las aguas esparcidas en el globo es de unos nueve millones y medio de leguas cuadradas. En cuanto á su volúmen, difícil es evaluarle ni aun aproximadamente, porque en muchos parages, la sonda no llega al fondo; pero suponiendo que el término medio de la profundidad del Océano sea de media milla inglesa, será el volúmen de la masa de las aguas de 2,560,000 leguas cúbicas.

Entre nuestros lectores habrá sin duda algunos que hayan estado en las orillas del mar, y que por esta sencilla razon se crean ya con derecho para decir que *han visto el mar*. Mas cierto sería decir que han visto una parte de él infinitamente pequeña. Supongamos en una llanura un lago de forma irregular y de una media legua de diámetro; algunas hormigas se pasean por la arena de la orilla; allí se adelantan por una lengua de tierra en la que el agua baña sus pies: ¿es creíble que en esta situación puedan descubrir una gran parte del lago? Y sin embargo, proporcionalmente, su vista abrazará mas espacio que la nuestra cuando contemplamos el Océano, aunque sea de un punto muy elevado, porque el lago puede ser considerado con una superficie recta, al paso que la del Océano es curva ó esférica como la de la tierra, circunstancia que limita naturalmente el horizonte del observador.

La idea del mar en su estension imponente confunde la inteligencia, como la idea de lo infinito. Lejos de las costas y en un tiempo sereno ofrece un espectáculo monótono, pero en sus momentos de furor, asocian los marinos el sentimiento de su poder al del peligro y quizás en ninguna otra circunstancia siente el hombre un recogimiento tan solemne y religioso.

Estamos generalmente inclinados á juzgar las cosas mas bien por lo que parecen que por lo que el estudio podría enseñarnos fácilmente. Esta es la razon de que algunas personas, á quienes no les falta ni inteligencia ni sagacidad, se hayan formado una idea errónea del tamaño de la tierra. No hay nada mas útil sin embargo, que el aplicar su inteligencia á la contemplación de las escenas naturales para llegar á comprenderlas tales cuales son realmente. Estos esfuerzos sucesivos, sostenidos por el interés siempre creciente de la verdad, ali-

mentan y desarrollan las facultades intelectuales y las hacen superiores á las frustrerías despreciables en que pasan tantas personas su existencia entera.

Hemos dicho arriba que las aguas del mar son saladas, lo cual las hace diferenciarse de las aguas de manantiales y ríos que generalmente no tienen sabor alguno. Esta propiedad ha sido atribuida á diferentes causas; algunos físicos suponen que hay en el fondo del Océano capas espesas y aun montañas de sal; otros creen que los ríos que hace tantos siglos arrastran al fondo del mar los despojos de animales y vegetales, que contienen todos cierta cantidad de sal, son los agentes verdaderos de este fenómeno. En esta hipótesis, los cuerpos se descomponen por la acción disolvente de las aguas; la evaporación no les quita mas que las partículas que constituyen el agua potable, para devolverlas á la tierra en forma de lluvias ó de corrientes. Que obren estas causas aisladas ó unidas es lo que la ciencia no ha podido resolver aun; pero deduciremos una observación, y es que la naturaleza es un laboratorio estenso donde se combina todo hasta lo infinito, segun las reglas constantes que perpetúan en sus propiedades y en su conjunto las obras del criador.

Si las causas de los fenómenos se sustraen á las investigaciones del hombre, su objeto, es decir, su utilidad, basta para hacernos admirar la sabiduría de la providencia. La sal contenida en el agua del mar libra á esta de esas alteraciones nocivas á que se halla espuesta el agua potable; evita ademas la congelación de esos estanques inmensos, excepto en las latitudes próximas á los polos.

Por eso casi todas las partes del Océano están abiertas á la navegación y al comercio. Sin embargo, como el agua del mar no es potable, y que no solo es nauseabunda sino perjudicial tomada en cierta cantidad, los marinos, y aun los que han nacido sobre el mar, tienen que proveerse de agua dulce.

La escasez de agua no es menos temible que la falta de los demas alimentos; para obtenerla se recurre á varios medios. Se extienden lienzos con cubos debajo para recoger el agua llovediza ó la del rocío. Otras veces se cuece el agua del mar para utilizar el vapor que exhala (1). Solo cuando el tormento de la sed es ya intolerable, beben los marinos el agua del mar, porque saben que ocasiona una muerte inmediata en este caso.



El aspecto general del mar varia segun el estado atmosférico y las horas del día, pero conserva siempre un carácter grandioso, ya sea que el sol saliente adorne con una tinta plateada el nivel del horizonte, ó que, próximo á ocultarse, sus rayos interrumpidos por las olas parezcan encenderse en ellas como las llamas de un gran incendio; pero no hay nada que iguale á la belleza de este espectáculo en las noches polares, cuando alguna aurora boreal hace brillar la superficie de las aguas con una luz tranquila y trasparente. El color del mar suele ser un verde bajo en ciertas ocasiones, y un azul hermoso en otras; pero el menor soplo de viento, la reflexión del cielo, la presencia de una nube, la de los animales ó vegetales que contiene en su seno, la naturaleza misma del fondo, la dan accidental-

mente tintas variadas, y que sería imposible indicar con precisión.

Algunas veces se pone la mar luminosa, y por la noche es cuando se manifiesta particularmente este fenómeno. Se la ve brillar en algunos parages en toda la estension que abarca la vista; suele suceder que solo esté luminosa al chocar con los costados del buque, ó al ser batida por los remos. En algunos mares es mas frecuente este espectáculo que en otros; hay mares en que se manifiesta cuando reinan ciertos vientos; hay otros, finalmente, en los cuales se percibe en muy pequeña escala.

El capitán Bonycastle, al subir el golfo de san Lorenzo, presencié este fenómeno, pero con circunstancias sumamente notables. Era el 7 de setiembre de 1826. A las dos de la mañana, el piloto segundo bajó muy alarmado á despertar al capitán. El cielo estaba estrellado, pero de improviso apareció entoldado en cierta direccion, y salió del mar una luz súbita y brillante, parecida á una aurora boreal. Era tan viva aquella luz que iluminaba todos los objetos, hasta los topes-masteleros. El contramaestre, despues de haber dado la alarma, aseguró la barra del timon, rizó el velámen, y puso toda la tri-

(1) Ultimamente se ha hecho un descubrimiento importante y harto conocido para que hagamos de él una descripción detallada. Consiste en un aparato destilador para separar el agua dulce, procedente de las lluvias y de los ríos, que está mezclada con el agua salada del mar. En la actualidad casi todos los buques que hacen viajes largos, van provistos de una de estas máquinas, utilizadas por cuanto evitan la falta de agua dulce.

pulacion pronta para maniobrar. La mar estaba luminosa desde una á otra orilla, y las aguas, que hasta entonces habian estado tranquilas, empezaron á agitarse. Los marinos de la tripulacion afirmaban que no habian visto nunca semejante cosa. Con la claridad se distinguian muchos peces grandes cuyos movimientos rápidos parecian indicar el aturdimiento del susto. Amaneció y salió el sol; su disco estaba todo de color de fuego. El capitán hizo sacar un cubo de aquella agua; ofrecia el aspecto de una masa luminosa en cuanto se la agitaba con la mano, se echó una parte de ella en una vasija descubierta, y conservó durante algunos dias, aunque en menor grado, aquella cualidad fosfórica.

Se ha tratado de explicar la causa de este fenómeno que se atribuye, ya sea á masas inmensas de animalillos pequeños cuyo cuerpo tiene la misma propiedad que el del gusano de luz, ya á la irradiacion de alguna materia fosfórica, tal como la que emana de la Sarga y de algunos otros pescados cuando se les observa por la noche. En todo caso, la irradiacion que aumenta por el movimiento que se imprime al agua, revela suficientemente la presencia de un fluido fosfórico. Los marinos tienen la creencia de que cuando la mar se pone luminosa, es indicio de la proximidad de una tempestad.

Por muy interesantes que sean las escenas que ofrece la superficie del mar, es muy probable que lo que pasa en las profundidades de sus abismos excitaria la curiosidad en mayor grado, si esos arcanos no fueron impenetrables á las investigaciones del hombre. Sin embargo, con el auxilio de un aparato ingenioso, se consigue sustraer al mar algunos de sus secretos y hasta una parte de las riquezas que oculta á que ha sepultado en su seno. Esta máquina, muy conocida, se llama campana de buzo. Su utilidad se comprenderá fácilmente haciendo el siguiente experimento. Colóquese un pedazo de corcho en la superficie del agua contenida en un barreño grande; métase en el agua un vaso boca abajo, en cuya cavidad esté el corcho, que por su ligereza se mantendrá flotante; váyase sepultando con precaucion el vaso en el agua, y se verá que el nivel del agua bajará sucesivamente debajo del tubo, y se elevará alrededor y por encima de sus paredes exteriores; en esta operacion, el corcho bajará al mismo tiempo que el liquido que le sostiene, y á pesar de la inmersión completa del vaso, la parte superior del corcho permanecerá seca. El mismo resultado se obtendrá sumergiendo el aparato á la profundidad que se quiera. El aire rechazado ligeramente hácia el fondo del tubo impide al agua que suba, de modo que una mosca podria permanecer á pié enjuto encima del corcho; sin embargo, comprimido el aire de este modo, deja de ser propio para la respiracion, y en esta posicion, cualquier animal que no volviera pronto al aire atmosférico, moriria asfixiado en poco tiempo. Una cáscara de nuez, puesta á flote en el barreño, sobre su quilla, daría una prueba mas sensible todavía de la resistencia del aire; el vaso que la cubriera podria ser sumergido en el agua á la profundidad que se quisiera, sin que entrara ni una gota de agua en esta embarcacion pequeña.

Se han construido campanas de buzo bastante espaciales para contener cinco personas; el nombre de esta clase de aparatos indica la forma que tienen generalmente; sin embargo se ha tratado de hacerlos cuadrados como un tablero. El doctor Cothodon bajó en 1821 en un aparato cuadrado, formado de una sola pieza de bronce. La parte superior ó techo tenia varias ventanitas redondas formadas de cristales muy espesos y que cerraban herméticamente. Un tubo ponía en comunicacion el interior del aparato con la superficie del agua; una bomba neumática obligaba al aire exterior á que bajara por el tubo para renovar el del interior de la máquina. Dejemos hablar al mismo doctor.

«Bajamos tan lentamente que no notamos el movimiento de la campana hasta que estuvo sumergida en el agua; entonces sentimos alrededor de los oídos y en la frente una especie de presion; mi compañero sufría de tal modo con este malestar, que nos vimos obligados á detenernos un rato. Por fin seguimos bajando; vi la palidez de mi compañero; particularmente sus labios estaban sumamente descoloridos, como si estuviera próximo á desmayarse. En cuanto á mí, sufría alrededor de la cabeza una presion fuerte, muy semejante á la que podria producir una corona de hierro, pero no tenia ninguna otra incomodidad. Sin embargo, mi voz dejaba de ser sonora, y aunque hablaba bastante alto, apenas podia yo distinguir el sonido de mis propias palabras».

La presion que cita el doctor puede explicarse del modo siguiente. Sin la porcion de aire que se oponia como un obstáculo al agua, esta hubiera llenado naturalmente toda la cavidad del tubo: el esfuerzo que hacia el liquido para ponerse al nivel reducía el aire interior á un espacio menor que el que ocupaba antes, y este aire comprimido así ejercía una presion análoga sobre las personas colocadas en el interior de la campana: de aquí proviene el malestar que padecian. El compañero del doctor se habia puesto en los oídos dos bo-

litas de papel; penetraron tan profundamente por la accion del aire, que le costó mucho trabajo á un cirujano el extraerlas. Del mismo modo se puede explicar la razon de que la voz fuera haciéndose tan insonora. En primer lugar el aire que penetraba por la abertura de la boca, estorbaba los sonidos en el momento de imitarlos; despues la porcion de aire que producía estos sonidos debilitados tenia que recorrer un espacio mas denso; en fin el órgano del oído el tímpano fuertemente dilatado por una presion constante, debia perder naturalmente una gran parte de su elasticidad y de sus propiedades de repercusion.

El doctor Halley que bajó en una campana de buzo á hacer experiencias científicas, penetró á una profundidad de 30 toesas próximamente. Con un sol hermoso y una mar tranquila, podía leer y escribir y distinguir los objetos que queria coger en el fondo. Pero cuando el agua estaba turbia, tenia que encender una vela, circunstancia que á pesar de lo extraordinario que parezca, no lo es mas que la de entregarse á observaciones científicas á 500 pies bajo el nivel del Océano. La mar que vista desde arriba, presenta un color verdoso parece tenerle rojo oscuro cuando se la mira desde abajo, y refleja un resplandor rojizo sobre los objetos. La razon de esto es que de los colores primitivos de que se compone la luz, solo el rojo penetra hasta aquella profundidad. Es probable que mas abajo todavia, cese este efecto, y reine una oscuridad completa. Los buzos afirman que cuando los vientos amontonan las olas en la superficie del Océano las aguas del fondo permanecen tranquilas. El frío parece tambien mas intenso á medida que se va bajando hasta el estremo de ser insufrible en cierta profundidad. No es esta porque la temperatura positiva sea allí mas rigurosa que la de los inviernos de las regiones templadas, sino que la presion del aire hace que sea mas sensible su efecto.

Las campanas de buzo no han sido usadas generalmente mas que para sacar del agua algunos de los objetos perdidos en los naufragios, ó para explorar el fondo de los rios, operacion indispensable cuando se trata de construir ciertas obras, como puentes, malecones, etc. En el Támesis se hizo uso de una campana de buzo para reconocer la abertura por donde habia entrado el agua en el túnel.

Debemos señalar un hecho notable que parece contradecir las leyes generales del peso. Los cuerpos pesados, empleados como sondas, bajan con rapidéz al descender del nivel del mar, pero al cabo de cierto tiempo, parece que cesa su movimiento de descenso mucho tiempo antes de haber llegado al fondo. La causa que se supone haya para esto es la presion del agua que á cierta profundidad y en razon á la pesadez del cuerpo, obra de modo que le sostiene en equilibrio, pero esta explicacion no se resiste á un exámen detenido. Efectivamente, si la presion del agua bastara para suspender cuerpos pesados en medio del abismo seria preciso deducir de aquí que no podrian existir en el fondo del mar, en los sitios á que no ha podido llegar la sonda, mas que masas enormes; todos los demás cuerpos, como corales, guijarros, arena, etc., deberian obedecer necesariamente á la misma ley que los suspenderia en el seno del mar. Se nos dirá que por qué deja de bajar la sonda aunque no haya llegado al fondo. Esto es porque la sonda está formada de dos partes de una naturaleza muy distinta; de una masa de metal, que suele ser plomo, y de una cuerda que se mantendria flotante en la superficie, á no ser por el peso que la arrastra. Así es que la cuerda opone una resistencia al plomo, y siendo mayor esta resistencia á medida que se ha dejado correr mas cuerda, debe llegar necesariamente un momento en que neutraliza el efecto de la pesadez y mantiene al cuerpo en equilibrio. Nuestros lectores podrán hacer esta experiencia atando un alfiler de un tamaño regular á un hilo delgado y haciéndole bajar al fondo de una vasija de cristal de bastante profundidad.

Sea la causa cual fuere, el obstáculo no es menos cierto. Hay ciertos límites que nunca podrá el hombre traspasar, y así como no podria elevarse en un globo mas allá de cierta altura por falta de aire respirable, así tambien tiene que detenerse, ya sea que quiera sondear los abismos del Océano, ó que trate de profundizar las entrañas de la tierra.

La configuracion del lecho del Océano se parece á la de un continente: se encuentran en él montes, valles, colinas, bancos de roca, precipicios, cavernas y grutas. Una gran porcion de esas islas sembradas en el mar, no son mas que las crestas de las montañas que salen del agua. Los parages inaccesibles á la sonda son, sin duda, valles ó hendiduras ó llanuras profundamente encajonadas, mientras que los escollos ó bajos que hay cerca de las costas solo son proximidades de esas eminencias que llamamos tierra.

En las regiones polares, la mar se presenta bajo un aspecto que difiere enteramente del que ofrece en otras latitudes. Flota allí el hielo bajo la forma de islas ó montañas. Algunas de estas masas superan en estension á una porcion de las islas figuradas en nuestros

mapas; las hay que se elevan á mas de 4,000 pies sobre el nivel del mar, y que tienen varias leguas de estension. Generalmente, están inmediatas ó unidas, forman como una cadena en un espacio de varios grados. Los marinos temen mucho mas los hielos á flor de agua que los que sobresalen del mar; posible le es á un buque evitar el choque de estos últimos, porque se ven desde lejos, pero puede ser sorprendido en medio de aquellos, y estar detenido el tiempo suficiente para que la tripulación perezca de hambre, ó hacerse mil pedazos entre aquellas masas flotantes.

Una montaña de hielo suele tener un color verde muy claro; otras veces toma un color gris ó negruzco. Este hielo tiene mezcla de tierra, piedras y arbustos arrancados de la orilla. Se hallan con frecuencia en las escabrosidades de aquellos, témpanos inmensos de hielo nidos de pájaros con sus huevos, á pesar de hallarse á una distancia considerable de la tierra.

LA REINA SIN NOMBRE.

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

(Continuacion.)

Muerte próxima amenazaba á los esposos del Valle del Paraíso. Froya á escondidas de su hermana quería acabar en aquel mismo dia con Recesvinto: Teodosinda se proponia envenenar á Floriana, así que su hermano saliese de la ciudad.

Al quitar Froya el candado que habia mandado poner á la puerta del verdugo, á quien iba á mandar que por primera vez preparase el hacha y el tajo, un pensamiento, una esperanza cruel y agradable cruzó por su mente, que le obligó á suspender la orden y quedarse en el tránsito. Mandó á uno de sus satélites que hiciera despertar á Floriana, vestirse y venir allí sin demora. Despertarla no fué necesario, porque no habia podido cerrar los ojos en toda la noche: la llegada, las palabras y miradas siniestras de Teodosinda le habian infundido profundo terror. Vistióse dócil y siguió al soldado encomendándose mil veces al cielo. Froya la cogió de la mano y le previno que callase y pisara quedo: abrió con el mayor tiento la puerta de un calabozo inmediato al que ocupaba Recesvinto; mandó al soldado que mantuviera cerca de la puerta una luz de modo que diese alguna, aunque poca, al calabozo vacío, y entró en él con Floriana; entreabrió con gran cuidado la puertecilla de una ventana pequeña con reja que daba á la prision del príncipe, alumbrada por una lámpara, é hizo seña á Floriana para que se acercase. Floriana obedeció, previniéndose ya á un espectáculo funesto. —Mira sin que te sientan y calla, le dijo Froya: miró y vió á Recesvinto sentado sobre una piedra, con cadena al pié y esposas en las manos. Oprimióse el corazón á la noble jóven, porque en él subsistia siempre el cariño á su perdido esposo; pero supo contenerse sin dar un grito: cerró blandamente Froya la ventana, y sosteniendo á Floriana que estuvo á punto de dar en tierra consigo, sacóla de allí y llevósela á su cuarto, sin reparar en su mal reprimida angustia ni en las copiosas lágrimas que derramaba callando. Luego que subieron á la estancia del duque la hizo sentarse, y habiéndole concedido algunos momentos para reponerse un poco, le dijo:

—Recesvinto ha caído en mis manos, Floriana. Tú no sabes lo que significa el tenerle yo encarcelado aquí, á pesar de ser él hijo del rey de España, y yo solamente duque-gobernador de una provincia: voy á explicártelo. El reinado de Flavio ya ha fenecido: yo voy á sucederle. Los grandes del reino descontentos con él, los cuales si no son los mas en número son los mas poderosos, se han resuelto á deponerle, como él hizo deponer á su antecesor el malogrado Tulga: hoy es la reunion de los coligados que vendrán á acamparse con las tropas ligeras que hayan podido reunir, en las llanuras que cercan á Segóbriga: allí voy á ser hoy alzado sobre el pavés monarca de los godos hoy mismo: desde aquí podrás verlo. Flavio, que aunque tan viejo es muy temible, morirá si se deja prender: inhabilitarle cortándole el cabello y encerrándole en un claustro, no bastaria. Recesvinto es tambien para mí un rival peligroso: mi seguridad y la quietud del reino exigen igualmente que muera.

—¡Ah señor! exclamó Floriana cayendo de rodillas y juntando las manos. Misericordia con él.

—Alzate y cesa de pedir en su favor, porque de seguro te fatigas en vano. Un medio hay para salvarle, y voy á decírtelo; pero antes escucha: quiero hablarte con la franqueza del que no teme á nadie y está seguro de su poder, de su fuerza, del triunfo. Floriana, yo en el paso de la Hoz acusé á Recesvinto de haberte olvidado: tal reia entonces; ahora estoy persuadido de que te ama.

—¿Es posible?... ¿es verdad?... ¿seré tan dichosa?...

—Me apresuro á interrumpirte, porque la dicha que te figuras, no es muy envidiable. Prosigo: vuelvo á decir que Recesvinto debe amarte aun, porque desde la noche que os separó en Toledo su padre, él sin duda (tengo motivos para creerlo) no ha hecho mas que observarte, que seguirte los pasos. En Vasconia no hizo mas que aparecer y retirarse al momento; el dia que salimos tú y yo de Toledo, fué toda la jornada detrás de nosotros: esto indica que se hallaba en la corte. El mercader árabe que te defendió de mi violencia, era Recesvinto.

—¡Cielos! ¡y yo que dudaba.... yo que le acusaba de infiel...! Pero señor, entonces tú debes á Recesvinto la vida.

—No: te la debo á ti: primero á tu cabellera, despues á tu intercesion generosa, favor que necesito pagarte: el premio será una corona.

—¡Cielo santo!

—Si, Floriana, si, una corona y mi mano. Mira si Froya cree y confia en tus altas virtudes, cuando te propone un sacrificio terrible, sin disimularle nada de lo que debe costarte. Hacerte creer que Recesvinto no te amaba ya, para que por desquite aceptaras mi cariño, hubiera sido ahora una supercheria indigna de mí, hubiera sido mentira, y yo no miento: ¿á qué he de mentir sino lo necesito? Casarse conmigo por venganza, es cosa que cualquiera muger haria; casarse conmigo por salvar á su amante, sabiendo que el amante es leal, y resignándose sin embargo á ser fiel esposa, es accion que de tí sola puede esperarse. Floriana, este es el momento de mostrarme si una española puede abrigar una alma tan enérgica, tan valerosa, tan sublime como la de un descendiente de los bravos caudillos del norte. Admite mi mano, participa de mi trono, y Recesvinto y su padre salvan la vida, y se les recluye en un monasterio: sino eres mi esposa, el padre y su hijo perecen, el hijo al momento. Contempla tu situacion y decide: ó vivir esclava de Teodosinda llorando á tu amante difunto, ó vivir soberana de los godos, unida á un hombre á quien tu deber te hará que le ames con el tiempo, gozando la dulce complacencia de haber libertado de la muerte á un rey y al que pretendia heredarle. No creo que haya mucho que titubear para decidirse.

Cuando Froya acabó su razonamiento, ya Floriana no le escuchaba: habia comprendido que Recesvinto la amaba todavia y que se le mandaba á costa de su amor salvar al amante amado: esta sola idea entraba en su entendimiento ofuscado por la inminente desgracia: lo demas ya no cabia en su juicio, no estaba en disposicion de entenderlo. Sola, abandonada de todas las criaturas á merced de aquel hombre inflexible, su pensamiento voló naturalmente al único Ser capaz de socorrerla en tan amargo conflicto, á Dios. ¡Padre de los que lloran! exclamó la desconsolada hija del valle, postrándose otra vez de rodillas en el suelo: ¿es posible que permitais tanta crueldad?

—¿Posible? Dentro de dos horas á lo mas, verás esos valles cubiertos de guerreros, congregados para nombrarme su caudillo, su rey.

—Su rey, su rey: ¿qué falta te hace la corona? dijo la humilde sierva, elevándose por grados hasta tratar con el duque de igual á igual, casi de superior á inferior. ¡Rey! ¿Sabrás tú serlo mejor que lo ha sido Flavio? ¿mejor que lo sería su hijo?

—¿Qué importa que el sucesor de Flavio se llame Froya, ó tenga otro nombre? Flavio ha de ser depuesto, y su hijo no ha de sucederle: sucediéndole yo y queriendo tú, conservarán ambos la vida: si el gefe de la conjuracion fuese otro, Recesvinto ya no existiria: la loca pasion que me inspiras, le vale. Puesto que soy mas humano que seria otro en mi lugar, justo es que tenga mi premio: este eres tú: sé ufia, porque tan cierto como Dios existe, has de serlo.

Llamas, rayos, brotaban los ojos de Froya al pronunciar el temerario juramento. El furor del duque, la seguridad blasfema con que se anunciaba dueño de Floriana, la exasperaron por primera vez de su vida, y le comunicaron una osadía increíble. —¿Tan persuadido estás de que yo he de ser tuya, replicó indignada, que te figuras que no hay en el mundo poder capaz de impedirlo? ¡Oh! pues es menester que sepas que basta con muy poco para que salgan fallidas tus esperanzas: basta con una palabra mia, que será la expresion de mi voluntad, de mi obligacion, de mis afectos, de la repugnancia con que te miro. ¿Tú juras que he de ser tuya? Pues bien, yo juro que no.

El primer impulso del cólico duque, fué acercarse á Floriana con la mano alzada, quizá con ánimo de tratarla como á sierva: el segundo, casi simultáneo con el primero, fué detenerse. Miróla de alto á bajo pausadamente, y sonriéndose con malignidad y desprecio, le volvió la espalda, salió de la habitacion y cerró la puerta con llave. Floriana así que se vió sola, corrió á la otra puerta para huir por ella: ¡vano designio! estaba cerrada tambien.

La estancia en que se veia; tenia una ventana á cada lado: al una daba al campo; la otra á un patio del castillo: ambas estaban

provisas de rejas fuertes. Floriana se llegó á las dos y probó si podía pasar su cuerpo entre los hierros: era imposible.

Dió voces: no acudió ninguno. Froya había mandado que nadie se acercase á las puertas.

Buscó las armas del duque con intención de quitarse la vida; solo vió sobre un bufete el yelmo, adornado con la cabellera, cortada por mano de Teodosinda. ¡Ah! gritó desesperada, ¡bien haya quien me despojó de estos cabellos que ahora me pueden servir para tejer un lazo que termine mi deplorable existencia! Arrancó pues la trenza y fue á la reja interior para atarla á un hierro. Un objeto que vió la dejó inmóvil. El verdugo Sisberto colocaba en medio del patio un tajo y una cuchilla. Toda la exaltación frenética de Floriana cedió, se abatió, desapareció con aquel espectáculo. Froya iba á entrar por la puerta que conducía al calabozo de Recesvinto: Floriana lanzó un ay penetrante que hizo al duque volver la cabeza.

Ya no podía hablar Floriana, no pudo hacer mas que sacar una mano fuera del enrejado de la ventana. El duque comprendió que aquella mano era suya: dió contra-órden á Sisberto y subió.

Cuando abrió el duque la puerta de su estancia, Floriana se hallaba caída sobre el escalon de la ventana, y asida aun á los hierros. Un torrente de lágrimas le dió la vida: sin ellas, la congoja la hubie-
ra ahogado.

—Procura sosegarte, le dijo con piedad el duque; vivirá Flavio, vivirá Recesvinto.

El nombre de Recesvinto hizo á Floriana volver en todo su acuerdo: cesaron de correr sus lágrimas, levantóse con ímpetu y dijo:

—Es que yo no me contento con que vivan: quiero además que no se les deshonre. Nadie ha de tocarles á la cabeza, añadió arrojando sobre un bufete la trenza que aun tenía en la mano.

—Bien, lo concedo: no se les inhabilitará: no se les obligará á tomar un hábito religioso.

—Ni aun con eso me contento: no quiero que se les encarcele: solo permito que los lleven fuera del reino, dejándolos en absoluta libertad.

—Mira, Floriana, repuso blandamente el duque: eso que pides, es imposible por ahora; mas adelante podrá concedésete. Si me apodero de Flavio como me he apoderado de su hijo, los tendré presos hasta que asegure mi dominio: despues los pondré en libertad. Creo que no pueden imponérsese mas condiciones.

—¡Oh! sí, falta todavía la mas importante. Yo he sido esposa y he debido mirar por el que fué mi esposo; pero antes de ser suya era española, ó como vosotros decís, romana. Reclamo la emancipación de los españoles.

Froya inclinó meditabundo la cabeza al oír esta súplica. ¡Pedirme á mí, decía, que iguale á los españoles con los godos, cuando mi odio á Recesvinto ha principiado justamente por eso.

—¿No quieres á viva fuerza casarte con una mujer de esa casta obohrrecida? Deja que puedan hacer lo mismo los que no nos tengan el odio que tú.

—Al cabo, al cabo, prosiguió el duque hablando como consigo propio, los reyes que querían sujetar á los grandes turbulentos, habrán de llamar en su ayuda al pueblo mas pronto ó mas tarde. Bien, Floriana: cuando me haya asegurado en el trono, igualaré á los españoles con los visogodos. En mí es esta determinación mucho mas meritoria que lo fuera en Recesvinto: los de mi bando están en contra de la abolición de privilegios, y muchos de los amigos de Recesvinto están en favor de la emancipación de los españoles. Puede que me cueste la vida el intento; pero ese no es para mí motivo de retroceder: un rey de los godos debe estar pronto á disputar su vida á cada momento. Esa idea debe ser para tí de consuelo, añadió Froya con inesplicable amargura: los reyes de España duramos poco.

No dejó de hacer impresion á Floriana esta última frase, pero la réplica fué aun mas amarga. Las reinas como yo, dijo: deben durar menos.

Un correo puso término á esta conversacion penosa. El duque en vista de un aviso que le daban, tenía que salir fuera de la ciudad para verse con algunos coligados. Llamó á unas esclavas y les mandó que no perdiesen de vista á Floriana; pero que le guardasen las consideraciones de libre y de señora: fuese con esto. Una de aquellas siervas instó en particular á Floriana que tomara su ordinario desayuno: no estaba la infeliz liberta en disposición de atravesar un bocado: negose á probarlo, y la esclava no se atrevió á redoblar sus importunidades, por no contravenir á la órden que acababa de darle el duque. Por entonces, Floriana se salvó del veneno que para ella había mandado confeccionar la rencorosa Teodosinda.

VIII.

A la hora de haber salido Froya de la ciudad, comenzaron á entrar en ella algunos emisarios de los malcontentos: dieron la seña convenida á los custodios de las puertas y á los capitanes con quie-

nes debían entenderse, y se prepararon todos en medio de cierta agitación sorda á esperar la venida del gobernador, que había de ser aquel mismo día saludado Rey de las Españas. Por tres diferentes puntos habían de asomar en el llano las tropas reunidas por los insurgentes: al descubrirlas desde el castillo, habíanse de tocar los clarines en la ciudad, se había de acudir á las armas y aclamar al monarca nuevo, que sería recibido en triunfo, cuando volviese al frente del cuerpo mas considerable de soldados: tomadas inmediatamente las disposiciones precisas, marcharía el grueso de la hueste á la ciudad imperial de Toledo, que juzgaban Froya y los suyos no se defendería, porque sabían de fijo que Flavio no estaba en ella. Allí se renovaría la elección para que fuese válida, y sería el Rey con toda solemnidad consagrado.

Algunos caudillos rebeldes recién llegados, que conocían á Teodosinda, se presentaron á saludarla: noticiosa ella de que las tropas amigas no tardarían en descubrirse á lo lejos, subió acompañada de aquellos gefes á las almenas del castillo para gozar el momento en que se dejaran ver por alguno de los tres caminos.

Impacientes volvían todos la cabeza ya á un lado, ya al otro. Pasaba tiempo y no relucía el hierro de una lanza en toda la redondez del horizonte: aquella espectación, aquella ansiedad era intolerable.

Cerca del medio día se vió á un hombre á pié subir apresurado la cuesta de la ciudad; al propio tiempo aparecieron acullá abajo dos ginetes por el mismo camino.

El hombre que venía á pié, era Sisberto. Teodosinda mandó llamarle, y en presencia de los guerreros le preguntó á qué había salido y de dónde venía; respondió satisfactoriamente Sisberto que había salido con un encargo del duque y venía de desempeñarlo: no podía decir cuál era por habérsele encargado el secreto. Ninguno de los presentes puso en duda la verdad del verdugo. Además había otra pregunta que hacerle que era la que mas importaba á todos, á saber: ¿si no había visto tropas por aquel lado? Respondió afirmativamente, asegurando que parada detrás de una pequeña eminencia á corta distancia del camino, estaba descansando una legion entera.

—Ya están aquí, ya no hay cuidado, gritaron todos los oyentes á una voz. Habrán recibido de Froya órden de detenerse.

—Debo anunciaros una novedad, continuó Sisberto. Mas acá, en un ribazo desde donde no se descubren las tropas, acabo de ver sentado en una piedra con el mayor sosiego, acompañado de un escudero, que tenía dos caballos del diestro, al mismo Rey en persona.

—¿A quién dices? exclamaron todos atónitos.

—A Flavio Quindasvinto, al Rey. Por lo que les oí decir, comprendí que venían del Valle del Paraíso, y se dirigían aquí.

—¿Aquí?

—Y no tiene duda, porque son aquellos dos caballeros que se van acercando.

—Ellos son, sí: deben ser, prorumpió Teodosinda enagenada. Retírate, Sisberto. Obedeció el verdugo, sonriéndose malignamente así que volvió las espaldas.

El júbilo de Teodosinda y los conjurados era inesplicable: su designio se les lograba mejor que hubieran podido desear. Era claro que el Rey había pasado algunos días en el Valle del Paraíso; mientras tanto la conjuración había dado pasos de gigante; Flavio no sabía nada y venía incautamente á ponerse en manos de sus enemigos. Teodosinda y los caudillos rebeldes ignoraban lo que había prometido Froya á Floriana, y persistían en la determinación que antes se había tomado, la de quitar la vida al padre y al hijo.

En lo que se cuenta un millar quedó decidido en aquel conciliábulo de traidores la suerte del anciano rey que lentamente se iba encaminando á Segóbriga, como la indefensa res á la casa del carnicero. Teodosinda dijo que tenía un veneno á punto; pero que lo necesitaba para deshacerse de otra persona. Uno de los circunstantes ofreció á Teodosinda quitarle de enmedio aquel embarazo, en designándole el sugeto: una muerte mas ó menos en un día de tumulto era cosa en que no debía repararse. El veneno pues quedó destinado para el Rey, y un conjurado se encargó de asesinar á Floriana.

(Concluirá.)

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

MAXIMAS PROVECHOSAS.

Decía un filósofo antiguo: — «Desconfía de la delantera de un carro, de la trasera de una mula, y de un fraile por todos lados.»

Un observador moderno dice: — «Desconfía de la cubierta de un libro, del pañuelo de una mujer bonita, de la muestra de una tienda, y de las buenas palabras de un personage, porque las esteriores suelen ser engañosas.»

Imprenta del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. AL-
HAMBRA, Jacometrezo, 26.